

JAVIER REVERTE

**TRILOGÍA DE
CENTROAMÉRICA**



JAVIER REVERTE

Trilogía de Centroamérica

www.megustaleerebooks.com

Índice

Trilogía de Centroamérica

Prólogo del autor

Los dioses debajo de la lluvia

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

El aroma del copal

Primera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Segunda parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Tercera parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Cuarta parte

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

El hombre de la guerra

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Notas

Biografía

Créditos

Acerca de Random House Mondadori

PRÓLOGO DEL AUTOR

Para un escritor, recuperar viejos libros que ya creía perdidos para siempre es un placer parecido al encuentro con un hijo que regresa de un largo viaje. El chico ha cambiado, hay rasgos en su físico y en su carácter que no reconoces muy bien. Pero es tu hijo y tu corazón se alegra. Eso me sucede con esta *Trilogía de Centroamérica*, tres novelas publicadas entre 1986 y 1992 y que ya habían desaparecido de los catálogos y las librerías hace tiempo. Ahora, al repasarlas para su nueva publicación, no me reconozco en muchas de sus páginas. Sin embargo, y aunque hay algunos libros de mi pasado que nunca querré recuperar, estas tres novelas siguen gustándome.

Tienen su historia. En 1983 viajé por varios países de Centroamérica cuando esta región del mundo vivía días muy dramáticos. Iba enviado por un periódico para escribir varios reportajes y, durante casi un mes, recorrí la geografía del dolor de aquellas tierras, donde las gentes vivían sumidas en la miseria y en la guerra. Quedé hondamente impresionado; en especial, por lo que vi y viví en Nicaragua, donde la revolución sandinista había triunfado unos años antes sobre el dictador Somoza y cuyo nuevo régimen, en los días de mi viaje, libraba una nueva guerra contra las guerrillas de la llamada «contra», un movimiento rebelde financiado por los Estados Unidos para derrocar al sandinismo.

Lo que me impresionó no fue la pugna ideológica y bélica que se libraba en el país, sino el sufrimiento que debían soportar las gentes comunes y las contradicciones vitales que se abrían en muchas almas implicadas en la guerra. Eran cosas que no podían contarse tan sólo en un reportaje, que requerían de la literatura, y un año después de aquel viaje regresé de nuevo, por mi propia cuenta, y permanecí durante casi dos meses en Nicaragua, tratando de captar el carácter y el espíritu de los «nicas», a través de las gentes que

encontraba y con las que convivía. Me empapé de Nicaragua y, a mi regreso, escribí *Los dioses debajo de la lluvia*, la primera novela de esta trilogía. Aunque tuvo buenas críticas y obtuvo el Premio Ateneo de Santander en su convocatoria de 1986, y logró una venta aceptable en librerías, no pasó de un círculo reducido de lectores. Pero a mí me dejó satisfecho el trabajo que había hecho.

Unos meses después de publicar *Los dioses...*, mi amigo Luis Pancorbo, escritor y caminante impenitente, me habló de Guatemala, país que yo había visitado en mi primer viaje durante tan sólo unos pocos días. Me habló de su belleza, me habló de las atrocidades que el ejército cometía sobre las poblaciones indias —un verdadero genocidio— y también de las guerrillas que combatían a la dictadura militar. Y me animó a escribir una novela sobre ello. Así que en 1987 hice las maletas y me planté en Guatemala, en cuyas selvas, al norte del país, viví un par de meses. A mi regreso, escribí y publiqué *El aroma del copal*, en 1988. La novela, ignorada por la crítica, tuvo menos suerte que *Los dioses...* y logró escaso eco entre el gran público. A mí, sin embargo, me gustaba. Todavía estoy orgulloso de que fuese prohibida en Guatemala por diversos gobiernos, incluso democráticos, a causa de los relatos que incluía sobre la persecución militar contra los indígenas.

Y en fin, el tres es un número que me atrae en literatura. Si había hecho dos libros sobre Centroamérica, ¿por qué no cerrar una trilogía? Y me fui a las costas del norte de Honduras en 1989 y, tres años después, mi relato ganaba el Premio Feria del Libro de Madrid, otorgado por los libreros de la capital. Se publicó en una pequeña editorial ya desaparecida y jamás vi un solo ejemplar en ninguna librería. Pero a mí el libro me gustaba.

Me fui a África en ese mismo año y escribí al regreso *El sueño de África*, un libro de viajes que rechazaron al menos seis editoriales. Al fin, logré publicarlo en 1996, con una corta tirada inicial y al principio casi ignorado por los medios de comunicación. Pero de pronto los lectores me quisieron y me han seguido queriendo en los libros que he publicado después: *Vagabundo en África*, *Corazón de*

Ulises, también relatos viajeros, y la novela *Todos los sueños del mundo*. Desde entonces, muchos amables lectores se me han acercado a preguntarme por mis obras anteriores, y yo sólo podía responderles que todas estaban descatalogadas. Por eso, porque estas tres novelas me gustaban —hay otras cosas que hice antes que no me gustan— me llenó de alegría que Plaza y Janés me propusiera esta reedición que ahora ve la luz. Espero que a los lectores les guste como a mí.

Esta edición conjunta de las tres obras es una edición revisada. He dado un leve repaso a los diálogos, suprimido adjetivos y cambiado algunas expresiones en los textos, porque mi manera de escribir se ha transformado desde entonces: ahora pretendo ser más austero en mi lenguaje y mi aspiración última de escritor sería lograr un sonido de canto de agua con las palabras. También he descargado algo los contenidos de «actualidad» que podían encontrarse en los textos: referencias de personajes históricos, por ejemplo, que hoy se han esfumado en la Historia y a los que casi nadie recuerda. Pero en su esencia, las tres novelas son lo que fueron en su día y la intención que me empujó a escribirlas continúa intocada en sus páginas. Yo quería hablar de un mundo humano, duro y difícil, que crecía o moría en los territorios de una hermosa geografía. Quería hablar de almas y de contradicciones. Del dolor, de la muerte y también del amor. Y de la justicia y la intransigencia. Y de todo aquello que nos convierte a los hombres, en momentos dramáticos, en seres perplejos.

Las tres novelas no tienen otros nexos entre ellas que la geografía donde se desarrollan: la hermosa Centroamérica, y la época en que transcurren, un tiempo de tragedias y guerras no tan lejano a nuestros días. Son tres novelas con personajes diferentes, con historias diferentes y situadas en tres países distintos. Quiere decirse que el lector, si se anima a abrir y leer el libro, puede comenzar por cualquiera de ellas. El orden que les he dado no es otro que el de la cronología de su publicación.

En los viajes que llevé a cabo aquellos años por los escenarios

donde transcurren las tres historias, y que me llevaron en total algo más de seis meses —a cargo de mi entonces escaso presupuesto personal—, visité pueblos perdidos, usé de transportes locales, dormí en pensiones miserables y comí lo que buenamente encontraba. Por fortuna, siempre había ron a mano. Y hablé con innumerables gentes, bebí sus modos de expresión, sus bromas y sus historias trágicas o alegres. La verdad es que fueron tres viajes muy emotivos en los que dejé atrás estupendos amigos. Además de eso, aprendí a bailar salsa.

¿Por qué no haber hecho con ellos tres libros de viajes en lugar de tres novelas? Sencillamente porque busqué acercarme a la perplejidad del alma humana más que a la crónica de un tiempo amargo. Hay algo de crónica, desde luego, en los libros; y hay viaje, por supuesto. Pero precisaba de la ficción para explicar con mayor vigor y hondura cuanto vi y cuanto viví. Un personaje literario es un ser nuevo, nunca es igual a un hombre que conoces, sino tal vez la suma de varios hombres, si lo que intentas es retratar mejor la complejidad del alma humana. La historia literaria tampoco puede ser un episodio que te han contado, la reproducción de algo que ha sucedido en la realidad, sino un paradigma para expresar una idea o una intención. Luego, manda el talento, que eso es un don del cielo, como diría el poeta Claudio Rodríguez. Y ahí quien juzga no es el autor, sino el lector, que espero que sea benévolo con estos libros.

En todo caso, y aunque sean hijos venidos de lejos, yo los concebí poniendo en ellos mi mejor sementera literaria de entonces. Y los sigo queriendo.

JAVIER REVERTE

LOS DIOSES
DEBAJO DE LA LLUVIA



¿Quién no estuvo sentado con miedo
ante el telón de su propio corazón?

RAINER MARIA RILKE
Cuarta Elegía del Duino

1

Lo que allá en el frente de combate, como otras veces, le llamaba la atención y le hacía estremecer en algún punto remoto de su sensibilidad, era la ausencia de sonidos familiares. Ni siquiera se oía el trino de los pájaros cantores, ni podía contemplarse el vuelo grácil de las garzas grises o blancas. Algún zopilote que otro merodeaba a veces por aquellos contornos, pero este pariente centroamericano del buitre es animal familiarizado con la muerte. El resto de las aves huyen de los frentes de batalla, escapan y anidan en otros lugares donde el silencio de las horas de tregua o el estruendo de los combates no aterricen sus frágiles corazones.

Podía sentirse, junto a la quietud y el silencio, una cierta tensión en el aire, como si la atmósfera se volviera más espesa en aquel breve rincón del mundo donde las armas cargadas aguardaban que un breve sonido anunciase una tormentosa fusilería desde el otro lado o presagiara la letal sinfonía de los morteros.

Y Rubén Vivar, sin escuchar ahora un solo ruido, mientras se dejaba envolver por la sensualidad del aire denso y perfumado, en aquel día en que el viento bajaba débilmente desde las montañas que eran ya territorio hondureño, se sentía alejado de su propio cuerpo, como si se contemplara desde fuera. Estaba allí, junto a la línea de trincheras, a una veintena de kilómetros de Jalapa, y al mismo tiempo creía notar que no era él quien allí se encontraba. Podía verse como el protagonista de una historia ajena, cumpliendo un doble papel de actor y espectador. Y tal vez por esa razón no le producían miedo aquellas manchas blancas que, a unos ochocientos o mil metros de distancia, se distinguían con claridad en la falda verdosa de los cerros, aquellos puntos que escondían un francotirador o una ametralladora pesada de la guerrilla enemiga.

El pueblo quedaba atrás, aproximadamente un kilómetro y medio

a sus espaldas. Se llegaba al frente de combate a través de un camino de arena, que serpenteaba entre altivas plantaciones de caña y bosquecillos de orgullosos guineos. No se trataba con exactitud de un pueblo, sino de un asentamiento campesino, construido poco más de un año antes. Lo conformaban medio centenar de casas, levantadas con adobe y techado de tejas, y un interior compuesto por dos o tres habitaciones. El asentamiento se llamaba El Ranchito, y vivían allí algo más de trescientas personas.

Oyó que le llamaban.

—Volvemos, amigo.

Había permanecido absorto en la contemplación del paisaje, indiferente a cuanto hacía el resto del grupo. Se dio la vuelta y encontró el rostro tostado del capitán.

—¿Fue aquí? —preguntó.

—Sí, aquí, unos cuantos pasos a su izquierda, amigo.

Ahora le sonreía el tipo, bajo los bigotes de agresivo color negro. Tendría el capitán Julio poco más de veinticinco o veintiséis años, y vestía un uniforme de camuflaje, con pistolera al cinto y un gorro de visera de color verde olivo. Antes, a primera hora de la mañana, le había preguntado:

—¿Y usted quién es, amigo?

—Soy periodista.

—¿De dónde?

—Soy el corresponsal en Nueva Segovia del *Nuevo Diario*, un periódico amigo del gobierno.

—Ta bien entonces. Si fuera enemigo, se podía volver por donde llegó.

El resto de los hombres aguardaba a espaldas del capitán: otros dos soldados con ropa de camuflaje y los fusiles Kalashnikov echados al hombro; dos milicianos, unos chiquillos que no pasarían de los quince años; el padre Luis y el otro sacerdote que había llegado desde Managua enviado por el obispo. Echó a andar hacia ellos y el grupo tomó con fatiga la senda de regreso al asentamiento.

Se quedó algo rezagado mientras el camino se hundía entre las

altas cañas, coronadas por los penachos blancos que pregonaban su florecimiento. De inmediato el terreno se inclinaba en un descenso pronunciado, con la vereda de tierra mordida por las huellas de los vehículos militares. Suponía que todavía estaban a tiro del enemigo, al menos de sus morteros y de las ametralladoras de mayor calibre. Pero seguía sin sentir miedo, y permanecía aquella sensación de distancia que le dominó desde el momento en que pisara el frente de combate. Tal vez no era exclusivamente suya la impresión de lejanía: los soldados que se movían en las trincheras de primera línea parecían poseer una mirada perdida. Incluso, cuando hablaba con ellos, podía creerse que su pensamiento estaba en otro lado. Desde luego que eran distintos a los soldados de la retaguardia, a las tropas que esperaban acantonadas en Ocotlán o en Jalapa. En la retaguardia, todos ellos, o al menos una buena mayoría, hablaban sin descanso de patria, de lucha, de desprecio a la muerte. En las trincheras, los soldados miraban con asombro a quienes les mencionaban tales cosas. Preferían hablar de su comida, del frío de las noches serranas, del calor del día, del tedio y de la tensión de las largas horas de guardia. Los héroes vivían siempre en la retaguardia. En primera línea nunca se topaba uno con ellos. Allí sólo había hombres que reflexionaban sobre las cuestiones más inmediatas de la vida: comer, dormir..., hombres que, tal vez, como él, en los largos días y en las largas horas de calma, mientras esperaban un combate que podía surgir en cualquier impensado momento, se veían a sí mismos como seres ajenos a sí mismos. Era la infinita paradoja de la vida: que en la cercanía de la muerte, nadie parecía capaz de aceptarla como una realidad próxima.

Mientras descendía tras el grupo, sus ojos se toparon dos veces con la mirada del padre Luis. Iba unos metros delante, separado del otro sacerdote, el recién llegado de Managua. Al parecer, no habían cruzado muchas palabras entre ellos en el curso de aquella mañana. Desde luego, él no les había visto conversar. Tenían los dos sacerdotes aspectos muy distintos, como si vinieran de dos mundos diferentes. El hombre de Managua vestía un pulcro traje

gris, zapatos y camisa negra y un immaculado alzacuello cuyas puntas se levantaban hasta rozar la nuez en una milagrosa simetría. Era un tipo alto, de miembros largos, pelo liso oscuro con dos franjas de canas en las sienas. El padre Luis lucía un cierto desaliño, ataviado con una guayabera de color azul pálido, agujereada por las brasas de los cigarrillos en dos o tres lugares de la pechera. Era de estatura media, ancho cuerpo y algo barrigudo. Sus pantalones color crema asomaban bajo los faldones de la camisola, llenos de manchones que el jabón nunca borraría. El pelo, negro y ensortijado, coronaba un rostro amplio de tez blanquecina.

En la cabeza del grupo marchaban los dos milicianos. Pequeños de estatura, con los enormes sombreros de pita enterrados en la cabeza, parecían incapaces de cargar con los pesados mosquetones. Uno de ellos, el que intentaba aparentar mayor edad con un bigote que era casi una sombra de pelos indecisos, se cubría con una vieja camiseta en cuya pechera podía leerse Oxford University. El otro, de aire más añinado y pelo color pajizo, llevaba una blusa ligera a cuadros con llamativos colores: verde, naranja, azul añil, rojo carmín, amarillo. Ambos vestían estrechos jeans, con bolsillos traseros bordados en brillantes dibujos dorados.

Detrás de ellos, seguían el capitán y el sacerdote de Managua. Un poco rezagado marchaba el padre Luis, cuya mirada, al cruzarse con la suya en dos ocasiones, le había parecido invadida por un cierto temor. O quizás era timidez.

Cerraban el grupo los dos soldados. Uno de ellos, el de cuerpo más espigado, no había cesado de charlar con él en el camino de ida. Rubén no llegó a comprender con exactitud lo que quería decirle, pues en su apresurada palabrería se mezclaban confusas expresiones en las que quería hacer notar su disposición a matar un centenar de enemigos, su desprecio a la muerte, su amor a la libertad y a la patria rebelde..., un típico héroe de las retaguardias, y con alguna frase punzante consiguió al fin quitárselo de encima.

El descenso concluyó y el camino, enterrado casi en una hondonada del terreno, atravesó las plantaciones de guineos. Las yerbas